

derles mayor peso a la inseguridad pública y a la inestabilidad política, aparece de nueva cuenta el tema de la Hacienda pública y los conflictos financieros con la federación. Da cuenta de las dificultades para el cobro de contribuciones directas decretadas por el gobierno del estado y de las dificultades con la Iglesia, debidas a la decisión tomada en el sentido de que los asuntos contenciosos sobre el diezmo se tramitaran en los juzgados del estado, pero donde encuentra los mayores inconvenientes es en el pago del contingente y en la imposibilidad declarada de pagarlo por parte del Congreso local, con lo que se violentaba el pacto federal. La renta del tabaco causó no menos fricciones entre una federación que reclamaba un adeudo por ese concepto y un gobierno estatal que se negaba a reconocerlo y a satisfacer cantidad alguna, siendo el contrabando del tabaco otro motivo de conflicto. Habría que preguntarse, entonces, si la delincuencia, el bandolerismo, el robo, en suma, la inseguridad, no tenían que ver con las insuficiencias de un gobierno estatal incapaz de imponer contribuciones a sus ciudadanos y, por lo mismo, carente de los medios para hacer frente a sus elementales funciones.

David Pantoja Morán

Universidad Nacional Autónoma de México

MARÍA GAYÓN CÓRDOVA, 1848. *Una ciudad de grandes contrastes. O la vivienda en el censo de población levantado durante la ocupación militar norteamericana*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2013, 339 pp. ISBN 978-607-484-390-3

A cargo de la Asamblea Municipal y a dos días de que se hubieran ocupado los cargos municipales, el 27 de diciembre de 1847 se inició el censo de la población de la ciudad de México, como lo señala María Gayón Córdova en este meticuloso y fino análisis

de la ciudad. En 1848, la autora nos muestra, de forma gráfica, “una ciudad de grandes contrastes”. Los contrastes se desvelan en las viviendas de esa heterogénea población que vivía en las 18 zonas en las que M. Gayón divide el espacio de estudio, es decir, el de la capital ocupada por el ejército estadounidense que impuso una penosa contribución de guerra a los habitantes de un Distrito Federal ampliado, como se muestra en el plano 10 (p. 23).

El quehacer de censar se encontraba fincado en ideas tales como las de Francisco Suárez Iriarte, miembro de la Asamblea de corta vida, al que cita la autora del libro y que retomo: “[...] porque sin el conocimiento de la familia y sus recursos, jamás se podrán distinguir los hombres que se han sabido formar o conservar un capital, una industria o capacidad; en una palabra los hombres legales de los inútiles o perjudiciales” (p. 27). En otras palabras, no se trataba para nada de contar por contar sino que estos “instrumentos de gobierno”, que son ahora nuestros documentos históricos, tuvieron razones de ser que la autora conoce ampliamente y que nos explica; en este caso, fines fiscales. De tal manera que se trata del estudio de documentos explicados en contexto, donde la estrella principal no es, como podrían pensar algunos, el documento histórico sino la ciudad. Una ciudad que se escudriña y se recorre en el tiempo y espacialmente, no es un cómodo marco (Lepetit).

A partir de este documento histórico, el Censo –integrado por tres volúmenes (los números 3408 y 3409 relativos a las 245 manzanas de la ciudad y el 3410 a poblados del Valle de México) con un total de 101 479 registros–, la autora no sólo integró una base de datos de tamaño importante (84 497 registros) sino que a partir de ella creó una base geoestadística que es, como bien indica María Gayón, el resultado de dos proyectos de investigación que de tiempo atrás la han ocupado y que cuentan ya con importantes frutos.

1848. *Una ciudad de grandes contrastes* es el resultado de un trabajo metódico, de filigrana, que es fundamental y le da sentido a la labor histórica: la recolección, sistematización y, sobre todo, el

análisis de los materiales acostumbrados de nuestro quehacer, actividades que son justamente las que permiten a la autora del libro reconstruir el espacio y avanzar en el estudio de sus transformaciones sin dejar de lado la dinámica social, sin la cual propongo no se podría aprehender “la historicidad del paisaje” urbano a la que se refirió hace ya tiempo Alejandra Moreno o, en otros términos, el estudio de la relación dialéctica y de mutua influencia entre el espacio (incluso construido) y la agencia. Esta es la relación que subyace en el estudio de María Gayón Córdova y que caracteriza las zonas de la ciudad que el lector puede observar y recorrer en los cuidados mapas. La autora señala con razón que:

Cuando se leen las distintas columnas y mientras se van pasando las hojas del *Padrón de los habitantes de esta ciudad* se observa una gran diversidad [...] Pero estas diferencias tienen una geografía que, al plasmarla en planos, nos muestra que el paisaje del centro de la ciudad poco tenía que ver con la geografía y el paisaje de la periferia, y que la periferia no era en nada similar entre el oriente y el poniente que cambiaba de un extremo a otro junto con las condiciones de vida y de trabajo de sus habitantes.¹

Es la ciudad con sus barrios y sus pueblos, así como su organización en cuarteles menores y mayores, sus 245 manzanas, cuyo listado nos permite examinar sin perdernos el plano 35, o en particular el número 37, (p. 67) que probablemente brinde una imagen más exacta de la división de la ciudad y de su organización administrativa en manzanas (véase por ejemplo el mapa de la p. 73). Información que nos ayuda a precisar y a comprender con mayor certidumbre la evolución del espacio, así como las continuidades.

Y me detengo un momento en la relación cambio/continuidad porque 1848. *Una ciudad de grandes contrastes* es un libro que per-

¹ 1848. *Una ciudad de grandes contrastes*, p. 47.

mite observar los cambios, las transformaciones de índole diversa, pero también las continuidades que no podemos perder de vista o soslayar porque la manera en que se articularon los cambios y continuidades nos permite explicar con mejores y mayores elementos las características y especificidades de la ciudad de mediados del siglo XIX, que si bien fue heredera de la ciudad ilustrada de finales del siglo XVIII, se diferenció de aquélla y, como he propuesto, vivió un largo periodo de estancamiento que por supuesto incidió en su tamaño y, en general, en sus características morfológicas. Conocer y apreciar esta ciudad como nos lo permite el libro de María Gayón, por otra parte, hará posible (y esta es otra de las aportaciones de la obra y lecturas posibles) justipreciar los cambios verificados en la segunda mitad del siglo XIX, en particular la ciudad porfiriana, de la que con frecuencia se olvida su peso específico en las décadas previas a la restauración de la república, periodo en el que, como se ha mostrado en otros estudios sobre estos temas, la ciudad, su espacio y población empezaron a dar muestras de cambios importantes.

El libro de María Gayón es una obra que contribuye a la historia urbana y a la historia de la ciudad de México. Es el resultado de una investigación de largo aliento, un trabajo fruto del análisis que ofrece en cada uno de los documentos que integran la obra (82 cuadros y 105 planos más su amplio anexo), materiales para seguir reflexionando sobre el espacio, las viviendas, las casas (que con mucha frecuencia recibieron un nombre, las bautizadas), así como las accesorias, la vecindad típica con sus bajos y entresuelos, cajones y covachas. Pero también ofrece información valiosa, por ejemplo, sobre el costo de las rentas, del cual realmente antes de esta investigación sólo se contaba con datos parciales y fragmentarios.

Todo ello sin olvidar, y hago hincapié, a los habitantes no propietarios (la mayoría) y a los que gozaron del privilegio de la propiedad, lo cual invariablemente nos recuerda que, tanto en el pasado como en el presente, esta ciudad ha estado integrada por una

amplia mayoría de inquilinos de particulares o del clero (como las propiedades que poseían los conventos de la Concepción, San Bernardo o San Pablo y que aparecen en los mapas sin número de las páginas 233, 238 y 239). Hombres y mujeres que compartían una habitación que era, a la vez, un espacio de vida y de trabajo, cuyo rompecabezas ha sido construido por María Gayón, una ciudad sobre la que nos dice la autora es una ciudad

[...] en movimiento incesante, que al tiempo y a pesar de todo se mantiene similar a la ciudad colonial. Estrenando en el barrio de Nuevo México al ritmo de las campanas centenarias; soldados yanquis en fondas y cafés del centro y cientos de vendedores pululando por calles, portales y la acequia de Roldán [aunque no todas permanecieron igual, como nos advirtió antes la autora]; desolación en Nonoalco, hacinamiento en cuartos de vecindad de Santa María; los mismos propietarios del clero y de la élite, aunque ya sin títulos nobiliarios, junto a la multitud que siempre paga renta, con sus mismas casas e instituciones a pesar de todo, grandes residencias que valen más de 50 000 pesos en las principales calles, casitas de adobe en las afueras que no valen ni diez pesos (p. 245).

1848. Una ciudad de grandes contrastes es también una obra ampliamente documentada, con una bibliografía pertinente y, lo que me parece fundamental, un cuidadoso contraste de la información obtenida del *Censo* con otros muchos materiales de diverso tipo: cronistas, viajeros, autoridades, leyes y bandos, así como material hemerográfico. Referencias todas que son de gran utilidad para cualquier interesado en la historia de la ciudad de México, de sus calles y paseos. Y este es otro de los atributos de la obra que muestran la amplia experiencia y conocimiento de su autora.

Sonia Pérez Toledo

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa